



Septiembre 2025 | #282

Columna Invitada

Los tiempos cambian: la vocación científica en ecología más allá del contexto actual en Argentina

por Federico Weyland (1), Sergio Velasco Ayuso (2), Paula Fergnani (3), Julián Medrano (4), M. Fernanda Reyes (5)

(1) Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional de Mar del Plata, CONICET, (2) Universidad de Buenos Aires, Departamento de Ecología, Genética y Evolución, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, CONICET, (3) INIBIOMA (Instituto de Investigaciones en Biodiversidad y Medioambiente (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Centro Regional Universitario Bariloche/Universidad Nacional del Comahue), (4) Instituto Multidisciplinario de Biología Vegetal (IMBIV), CONICET-UNC, (5) Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional del Comahue, CONICET.

Vemos señales claras de cambios en la vocación científica en ecología, tales como la disminución de la matrícula de las carreras de grado relacionadas con el tema, la disminución en las postulaciones a becas de posgrado y la permanencia de candidatos doctorales e investigadores jóvenes. Este patrón preocupa y posiblemente esté influido por el contexto asfixiante que transita el sistema científico de nuestro país. Sus consecuencias se manifiestan a corto plazo en la continuidad de las líneas de investigación, y también a mediano y largo plazo en la estructura del sistema científico. Nos preguntamos a qué se debe este fenómeno y cómo podemos estimular la vocación científica de nuestros jóvenes.

Este fenómeno tiene, a nuestro entender, causas estructurales y coyunturales que desincentivan a los jóvenes tanto a estudiar una carrera científica como a completar la formación de posgrado y dedicarse a la investigación. Entre las causas estructurales se cuentan los salarios magros, las condiciones precarias, la incertidumbre sobre el futuro (en especial durante las primeras etapas de la carrera), la falta de financiamiento y la infraestructura inadecuada. Entre las causas coyunturales, el desinterés, cuando no el ataque frontal, por parte de gobiernos con objetivos cortoplacistas, promoción del extractivismo, negación del cambio climático y falta de políticas de conservación que, en conjunto, corren a la ecología de la escena. Adicionalmente, la pandemia de COVID consolidó la modalidad remota de trabajo (incluso asincrónica), más accesible pero que conlleva pérdidas en la interacción con pares, la práctica biológica y el contacto con la naturaleza. En algunos casos, los grupos de investigación estrecharon lazos internos, pero disminuyeron su conexión con otros. La tendencia a la disminución de

experiencias en el campo y con colegas pueden restar gratificación a la enseñanza y el quehacer científico en ecología.

En un sistema científico vertical, piramidal y patriarcal nos enfrentamos a un dilema: investigadores/as con más trayectoria, que ocupan funciones jerárquicas, se formaron en valores profesionales que en algunos casos no responden a necesidades actuales, pero pretenden que las nuevas generaciones los adopten. A su vez, quienes recién empiezan quieren respuestas rápidas de un sistema que es lento. Se producen así tensiones generacionales cargadas a veces de prejuicios en las que se acusa a los/as jóvenes de falta de vocación y compromiso, mientras los/as jóvenes sienten que “los viejos” no empatizan con ellos y, como el sistema no cambia, eligen renunciar. Así todo el mundo pierde. Para ayudar a resolver este problema, creemos que se necesita promover el diálogo intergeneracional y la comprensión mutua.

Las generaciones con más trayectoria pueden admitir que el mundo ya no ofrece certidumbres a los jóvenes, que se tienen que desenvolver en un contexto cambiante que los llena de angustia y ansiedad. Publicar muchos papers en revistas de alto impacto ya no es la única aspiración, también importa la vinculación con la sociedad, los tomadores de decisión y el sector privado para que sus investigaciones tengan mayor impacto real y les de una salida laboral por fuera del sistema o incluso un rédito económico más allá de su beca.

Por otro lado, las nuevas generaciones tienen que tomar conciencia de que salir del sistema de forma brusca en los primeros estadios de la carrera científica provoca un daño considerable en la continuidad de los proyectos de investigación. También deberían reflexionar sobre el hecho de que la vida está llena de adversidades y no es una buena estrategia huir de ellas en el primer resbalón. Tal vez también tengan que considerar que los cambios suceden mediante la acción colectiva, que las reacciones individualistas de huida refuerzan el statu quo y, por tanto, no favorecen a nadie.

Ante la adversidad es fundamental no permanecer aislados, salir del binomio estudiante doctoral-investigador, del grupo propio de investigación y del sesgo intrageneracional, incluso del propio instituto, y buscar nutrirse de interacciones colaborativas en un marco cooperativo, empático, transgeneracional, interseccional y horizontal con quienes compartir la vocación, y proponer cambios.

Cuando la ciencia abre la puerta, la vocación entra. En julio y agosto de 2025, miles de personas siguieron en vivo las inmersiones del ROV SuBastian en el cañón submarino de Mar del Plata, una campaña liderada por CONICET junto con el Schmidt Ocean Institute. Las transmisiones encendieron conversaciones en aulas, hogares y redes; la propia organización reportó un récord de audiencia y testimonios de estudiantes de primaria y secundaria diciendo que quieren ser biólogos marinos. Este caso sugiere que la curiosidad está, pero lo que falta es ofrecer experiencias significativas y accesibles que conecten con la capacidad de asombro. Entonces nos preguntamos si, más que “falta de vocación”, hay un desacople entre lo que el sistema ofrece y lo que las nuevas generaciones buscan. Cuando se habilitan experiencias inmersivas, abiertas y con sentido, la respuesta aparece sola: participación masiva, cobertura mediática y chicos y chicas diciendo “yo quiero hacer eso”. El desafío no es convencer a la juventud de interesarse por la ciencia, sino rediseñar las puertas de entrada y los incentivos para que ese interés encuentre un camino. La juventud no perdió el interés; solo espera que

la inviten a explorar. Y cuando eso pasa, como acabamos de ver en el Mar Argentino, funciona.